¡UNA MINA!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

por

MANUEL SCHEIDNAGEL,

ESTRENADO EN MADRID

con éxito extraordinario el 6 de Diciembre de 1880.

MADRID
IMPRENTA DE LOS SRES. PACHECO Y PINTO,
calle de las Dos Hermanas, 1

1880

¡UNA MINA!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

por

MANUEL SCHEIDNAGEL,

ESTRENADO EN MADRID

con éxito extraordinario el 6 de Diciembre de 1880,

MADRID
IMPRENTA DE LOS SRES. PACHECO Y PINTO,
calle de las Dos Hermanas, 1

1880

PERSONAJES

Julia.
Vicenta (criada).
D. Cariculiambro Rosquete.
Eduardo (capitan).
D. Blas (padre de Julia).

ACTO ÚNICO

Un gabinete de lujo.

ESCENA PRIMERA

JULIA Y DON BLAS.

BLAS. Sí, hija mia, sí; es preciso que se cumpla mi deseo.

JULIA. Pero papá.....

BLAS. Te ruego que no me opongas dificultades de ningun género. ¿Para qué soy yo comerciante hace cuarenta años? ¿Quieres que despues de haber recorrido toda la escala de las infinitas especulaciones en que mi tino y la suerte se combinaron para ofrecerme pingües beneficios, vinieran á estrellarse contra cualquier capricho inesperado, y nacido en esa cabecita de chorlito? No, no, de ningun modo; y ya verás como al fin!....

JULIA. Pero, papá.....

BLAS. Te has empeñado en interrumpirme, en no hacer caso de mis sólidas razones, de mis incontestables argumentos!

JULIA. Si no trato de interrumpirte; todo lo contrario: no dudo de tus palabras, ni....

BLAS. Pues entonces, ¿qué te pasa? Habla pronto, muchacha, y sepamos á qué atenernos.

JULIA. Te lo diré con franqueza, papá: es que no te

675446

entiendo, que no acierto á explicar tus palabras.

BLAS. ¿Es decir, que yo no me expreso bien despues de haber sido ya tres veces diputado? ¡Quién lo hubiera creido! Tú eres una curiosilla, y por si algo del asunto te se hubiere escapado, deseas que te repita el pensamiento; ¿no es verdad?

JULIA. Si tú no quieres.... (Con coquetería.)

BLAS. Je!... je!... je... (Riendo.) Bien decia yo.... pero en fin, aunque tengo prisa, te regalaré los oidos de nuevo. Escúchame. Apenas cumplí yo quince años, de esos que en el mundo pasan demasiado pronto, cuando ya demostré que mi génio comercial debia elevarme algun dia á grandes alturas; y así fué en efecto, como tú bien sabes.—Murieron mis honrados padres que en santa gloria estén, y que poseian por único patrimonio una fábrica de chocolate.... Esa fué mi herencia, que pronto me arrebataron los ingleses, pues parece que el autor de mis dias era algo calavera. Busqué una colocacion, y gracias á los buenos jornales de la semana y un puesto de naranjas que establecí los domingos en la Fuente Castellana, pude poco á poco, y con economías, llegar á obtener un capitalito de dos mil duros. Entonces me casé con tu madre, que tenia algo de dote y los piés más bonitos de Madrid; trabajé, trabajé mucho, y á fuerza de afanes desvelos y no pocas privaciones, he llegado á poseer hoy la cantidad de cuatro millones. Hermosa cifra, eh? Mira tú si Dios recompensa el trabajo.

JULIA. Verdaderamente; mas no comprendo aún....

BLAS. Pero si no he concluido: tén un poco más de paciencia. Presumo que ese carácter arrebatado, hija mia, será algun dia causa de tu desgracia. Continúo. Cuanto llevo dicho se reduce simplemente á mi deseo de establecerte.

JULIA. ¿Cómo?

BLAS. Sí, sí, estoy decidido; la vejez se viene encima en *tren express*, y si tu padre llegara á faltarte, ¿quién podria amparar mejor que un buen esposo á mi queridísima hija? Esposo que, por otra parte, ya he buscado; el más conveniente para tí, y que estoy seguro hará tu felicidad.

JULIA. Dios mio, ¡qué precipitacion! ¿Tanta prisa corren estas cosas?

BLAS. ¡Ya lo creo! ¿Te figuras que detrás de cada esquina tengo yo un yerno á mi gusto y esperando mis órdenes? La ocasion la pintan calva, y es preciso aprovecharla.

JULIA. ¿Conque ya está elegido? Muy bien: algo brusca me parece tu resolucion; pero aunque yo no quiero contrariarte en lo más mínimo, ¿no podrias decirme á lo ménos, papá, la especie del sugeto?

BLAS. ¡De primer órden!

JULIA. Lo creo; y no dudo que debe reunir excelentes cualidades: pero.... ¿y su figura, su físico, qué opinion te merece?....

BLAS. Te seré franco; no es ningun Adónis; pero á más de tener un aire importante, mucha respetabilidad y vasta instruccion en toda clase de negocios, es inmensamente rico!

JULIA. Comprendo, comprendo. Nada, no quiero oponerme á tú voluntad, y acepto. En prueba de mi consentimiento, déjame abrazarte.

BLAS. ¡Ah, picaruela! Eres un tesoro, hija mia. Has heredado mi elevado génio y los lindos piés de tu madre. Julia, tú brillarás en el mundo, yo te lo afirmo; y lo que yo afirmo ó pronostico, ni los profetas lo harian mejor.—Conque, piensa en lo que te he dicho; prepárate, en una palabra, y hasta luego, que el tiempo vuela, y ya sabes que *Thime is money,* como dicen los ingleses. El tiempo es dinero. (Se levanta y coge el sombrero.) La Bolsa me espera. Adios.

JULIA. Adios, papá.

BLAS. Ah!.... (Volviendo al proscenio.) ahora que me acuerdo.... Aquí tienes una carta de tu futuro.... Esta cabeza mia.... Toma, toma; entérate: su lectura es muy agradable; escribe con un aquel.... y un.... En fin, hasta despues.

JULIA. Muchas gracias.... Hasta despues, papá..... (Tomando la carta.) No te olvides de mis pendientes y el collar prometido. (En la puerta y hablando á su padre fuera.)

ESCENA II

JULIA.

(Volviendo al proscenio.) ¡Oh! Esto es realmente divertido, no hay duda alguna; y papá tiene mucha razon. Yo soy buena hija, y como es natural, sólo debo escuchar sus cariñosos consejos. Me quiere tanto! Ya es hora de formalizarme; de ser una señora de quien se ocupen las gentes, y sobre todo los periódicos. Ver una su nombre puesto en letras de molde, es una cosa muy agradable; y mucho más si hay algun comentario de esos que tanto nos gustan á las mujeres. (Mirándose al espejo.) Desde luego creo que soy bonita,—al ménos así lo parece;—y esto ya es algo: despues, si se agregan á los cuatro millones de papá las fabulosas riquezas de mi notable prometido, el porvenir no se presenta muy negro. (Arreglándose una flor en el peinado.) No sé donde tiene Vicenta los ojos! ¡Qué torpeza, y qué poco gusto para peinarme!.... Y eso que yo no necesito, como Emilia, Adela y otras muchas, hacer uso de postizos de ningun género; mi cabellera no es despreciable, y parece que tiene empeño en que no conozcan que es absolutamente mia. (Cambiando de tono.) Hoy es preciso que

hable con Eduardo: es un buen amigo, sé que pretende mi mano, me agrada mucho el que sea militar, por que los militares, no hay que dudarlo, tienen un no sé qué, que.... ¡Si fuese rico!.... que no lo sé, y lo cual es muy dudoso, ménos mal. Es bizarro, simpático, y le sienta muy bien el uniforme.... Pero todas estas cosas sin dinero, ofrecen escasas garantías, como dice papá, y valen tan poquísimo en el dia.... (Sentándose en un confidente y colocando los piés sobre un cogin.) Já!... ja!... ¡Pobre futuro! (Riendo.) Ya me olvidaba de su carta.... Soy muy distraida, y quizá sea cierto que tengo la cabeza de chorlito. Vamos á ver la famosa epístola. (Abriendo y leyendo.) «Señor don Blas Cachivache de la Porra: mi siempre ilustre amigo.» Esto pica muy alto. Prosigamos. «Segun los honorables deseos de usted, tendré pronto el inesperado placer é imponderable regocijo de trasladarme rápido, cual nuevo Mercurio, á colocarme sumiso á sus plantas, y acatar sus órdenes cual si las recibiera del mismo Júpiter.»

Por lo visto este pretendiente es fuerte en mitología.

Al propio tiempo será mi satisfaccion piramidal, puesto que el objeto reune todas las condiciones de un acontecimiento digno de figurar entre los más brillantes episodios de la historia. Espero no aparecer indigno ante los celestes atractivos de su encantadora hija, cuya belleza es ya conocida del orbe entero.»

Este párrafo preciso es confesar que no está muy mal escrito.

«Tenga usted en cuenta y ella tambien, que al ofrecerla mi mano, representa, como usted sabe, una de las primeras y más sólidas fortunas de la banca, y que con ella espero construir un grandioso templo de felicidad y de oro, donde bata sus preciosas alas ese án-

gel que usted tan generosamente me ofrece. Póngame usted á las plantas de mi divina prometida, y usted mande como guste, á su amigo y futuro yerno que besa su mano,—*Cariculiambro Rosquete.*»

Preciosa carta! Vaya!... El templo de oro!... una de las primeras fortunas que se conocen! Ya estoy deseando conocer á.... ¿cómo dice? (Mirando la carta.) «Cariculiambro Rosquete.» El nombre es horrible, y será preciso que lo cambie. Cuando anunciasen en algun salon á la señora de Rosquete. habria un motin.... Qué espantoso ridículo! ¡No quiero ni pensarlo!

ESCENA III

JULIA y VICENTA.

VIC. ¿Señorita?

JULIA. ¿Qué quieres?

VIC. El señorito Eduardo espera en la antesala....

JULIA. ¡Oh! ¡Qué oportunidad! Que aguarde un momento. Mira Vicenta, estoy impresentable todo me lo has puesto de cualquier modo... (Se acercan ambas al espejo.)

VIC. Pronto estará arreglado, señorita. (Colocándole los adornos de la cabeza, etc.) Ya sabe usted que me pinto sola para estas cosas, como decia mi antigua ama la señora marquesa de la Malva.

JULIA. No soy yo de la opinion de esa marquesa tonta con su título medicinal.—¿Para qué sirven los títulos? Dinero, dinero, y siempre dinero! Es es la verdaderanobleza, hija mia.

VIC. Ya!... como á usted no le falta.... ¿Vamos está mejor?

JULIA. Pché!...

VIC. Ay, señorita!... no es extraño que don Eduardo se muestre muy enamorado.... ¡es usted tan bonita!

JULIA. ¡Aduladora!

VIC. Nada do eso: bien á la vista está, y crea usted que compadezco á ese gallardo capitan.... Es tan buen mozo!

JULIA. Bah! Qué tontería!... ¿Crees tú que los hombres llegan nunca á sentir lo que llaman amor?

VIC. Pues ya se vé que sí; y como yo tengo el defecto de creerles tan fácilmente... ¡Ay! Si yo le contára á usted de un sargento de húsares que me tuvo no sé cómo, allá en Lucena.... Era tan campechano, tan francote, tan gracioso... y con unos bigotes tan largos y....

JULIA. Por Dios, Vicenta, no me hables de tales vulgaridades.

VIC. No se incomode usted, señorita.... (¡Qué más quisiera ella!) Pues....

JULIA. Vamos, se acabó: ya estoy medianamente.....

VIC. (¿Qué tendrá?) Hoy la desconozco á usted, señorita. Ya no....

JULIA. Basta, basta: no seas habladora, y díle que pase.

VIC. (Al instante.) (¡Jesús, que remilgos!) (Vase.)

ESCENA IV

JULIA.

JULIA. Ignoro lo que esperimento en cada entrevista con Eduardo; será preciso poner á esto un término, sí.... (Sentándose.) y á ello estoy resuelta. (El se acerca!)

ESCENA V.

ULIA, EDUARDO.—De paisano.

JULIA. Eduardo! Cuánto me alegro de verle por aquí!

ED. A los piés de usted, Julia. ¿Será cierto que deseaba usted verme?.

JULIA. ¿Puede usted dudarlo?

ED. No; más como....

JULIA. Vamos, amigo mio, ¿qué hace usted ahí de pié? tome usted asiento.... (Lo hace.) Más cerca, y cual cumple á la franqueza de buenos amigos. Ante todo, ¿me perdona usted el tiempo que le he hecho esperar? Los criados son siempre tan torpes!...

ED. Julia! Suplico á usted que para nada se disculpe conmigo. La esperanza de admirar lo bello, no mide nunca el tiempo.

JULIA. Siempre tan galante, y digno de su profesion caballeresca.

ED. No, Julia, no es adulacion de ningun género la que inspira mis palabras cuando estoy cerca de usted; es mi amor y mi pasion la que constantemente me trae á su lado, deseoso de que mi constancia pueda conquistar algun dia el premio que tanto ansío, y que usted, sin embargo tanto retarda. A pesar de sus delicados sentimientos, de su bondad, su belleza y su virtud, se goza usted en mi martirio.

JULIA. Eduardo!...

ED. Perdone usted... ignoro el valor de mis palabras. Sólo sé repetir, hermosa Julia, que mi amor es grande y que la pertenece todo entero!—¿Nada responde usted?

JULIA. Eduardo, hace mucho tiempo que usted me conoce, no ignoro la estimacion que me profesa, y por lo tanto, quiero ser hoy completamente franca con mi mejor amigo.... con mi hermano.

ED. Hable usted pronto; se lo suplico.

JULIA. Todo ello es una bagatela... Mi padre tiene manías y caprichos: figúrese usted que ahora le ha dado por pensar en que ya es viejo y que podria morirse. ¡Ya vé usted qué absurdos! Dice además que antes de llegar á ese extremo, yo debo establecerme, tener alguien que me proteja.... es decir, un marido.

ED. Y ese marido?

JULIA. Él lo tiene escogido; pero prescindiendo de mi eleccion; y yo quiero, Eduardo, que usted sepa que si hoy debiera elegir esposo, á ninguno entregara mi mano con mayor alegría que á usted.

ED. ¿Qué dice usted, Julia?

JULIA. La verdad: mas para ello me falta conocer una circunstancia sin la cual estoy segura que papá no consentiria; una circunstancia sin la cual, acaso yo misma tendria que renunciar á mis deseos.

ED. Ya comprendo. (Con ironía.)

JULIA. Eduardo, ¿es usted rico ó pobre?

ED. ¡Cuanto temí que eso fuera el misterio de tantas dudas! ¡Cuanto es puro, cuanto es noble, tiende á ser irrisorio! ¡Lástima que aún no se haya dado en glorificar el interés con coronas de laurel, cuando sólo merece el más soberano desprecio!

JULIA. Eduardo, tranquilícese usted: yo no he tratado de ofenderle.

ED. Basta, Julia. Mi razon se extravía, y ruego á usted de nuevo que me perdone.

JULIA. De todo corazon.

ED. Soy pobre!... (Con ironía.)

JULIA. (Malo.) Hace tiempo, Eduardo que ansiaba llegar á este término enojoso para mí, se lo aseguro. Hija de comerciante, envuelta entre la atmósfera y movimiento que crea el espíritu de los negocios, oyendo constantemente hablar del dinero, de ganancias, intereses y especulaciones, mi razon hubo de contagiarse con lo que seguramente será un mal ó un capricho, pero que no me es posible desechar.... Yo siento....

ED. No prosiga usted más: (Levantándose.) basta, basta ya por Dios! Hubo un dia en que me fué entregada la escasa fortuna que heredé de mis padres para compartirla con mis hermanos.

Yo tenia mi carrera y mi honor, capital cuyos intereses son incalculables, y arrojé aquel puñado de dinero en donde primero se me ofreció que podia colocarle. Hoy hasta ignoro qué habrá sido de él, y su suerte no me preocupa. Así, pues, hermana mia, soy enteramente pobre, con el único patrimonio de mi pobre espada, que posee, sin embargo galardones negados enteramente al dinero, y que no pueden compararse con todos los capitales del mundo. Nada más tengo que añadir. Adios, Julia; adios, por la última vez. (Vase.)

ESCENA VI

JULIA

JULIA. ¡Me ha dejado confusa! ¿Qué es lo que siento? Las sentidas palabras de Eduardo han conmovido mi corazon. ¿Seria posible que le amase... que renunciara al porvenir que se me ofrece? ¡Bah! Esto es solo la impresion de un momento. ¡Pobre!.. así lo dijo; ¡muy pobre!.. Pero bien: ¿no soy yo rica? ¿Y papá?.. ¡Dios mio! ¡yo no puedo darle una pesadumbre!.. Nada, me casaré y le olvidaré... Pero Eduardo es tan bueno, tan... ¡Hay para volverse loca! (Vase)

ESCENA VII

D. CARICULIAMBRO y VICENTA, despues JULIA

VIC. Pase usted, caballero; pase usted adelante: mi señor ya no puede tardar

D. CAR. (Entra ridículamente vestido.) ¡Bravo... bravísimo! muy bien; así lo haré, hermosa jóven. Me acomodo desde luego en esta confortable butaca; y recreándome con la contemplacion de ese bellísimo rostro, que ya denota, no sólo á

quién pertenece, sino que revela la actitud precisa de las agradables noticias que me fueron trasmitidas, esperaré el regreso (ó *ritorno*) de mi excelente y particular amigo el señor D. Blas, que vamos... no puede dudarse que ha tenido para mí las más piadosas y lisonjeras condescendencias. Pero esto no debe, por otra parte, extrañarme cuando se goza, como yo, de cierta fama, y sobre todo de una reputacion verdaderamente sólida. Conque, ¿te vas enterando, seductor ejemplar del nunca bien ponderado sexo?

VIC. (¿Quién será este viejo tan charlatan?) Caballero...

CAR. ¿Eh?

VIC. Nada: queria decir que si se le ofrece á usted algo, puede...

CAR. Nada, hija mia; nada por ahora: pues si yo exigiera de tí lo que se me ocurre, temo mucho que te negaras á complacerme.

VIC. ¿Porqué, caballero? ¿Qué podria usted exigir de mí?

CAR. ¡Oh! la pretension seria fácil, sencilla... reduciéndose simplemente á darte un abrazo.

VIC. Pero caballero... yo no entiendo lo que significa... (¡Vaya con las esplicaderas de este monigote!)

CAR. ¡Ah!.. ¡Qué modestia... qué pudor... qué esquisita castidad!. Bien me decia D. Blas.

VIC. Repito á usted caballero, que... (¡Si estará loco!)

CARI. ¡Cómo! ¿Es posible que no puedas comprender lo que yo soy... que vengo para... que se trata de...?

VIC. ¡Calle! (¿Si me habrá tomado por la señorita?) Ja! ja!.. (Riendo.) Seria muy gracioso!.. Jesús, que risa! . Já! ja!..

CAR. ¿Qué es eso? ¿De dónde proviene esa risa.... esa espontánea é inesperada hilaridad?

VIC. Me reia de.... Nada, nada, no haga usted ca-

so. caballero.... Yo soy así.... (¡Que palurdo!) Con que usted viene á....?

CAR. ¿Pues acaso lo ignoras, muchacha? Vengo, por cierto, lleno del más profundo gozo, á contraer consigo los dulces lazos del himeneo, á contraer un matrimonio que llenará de asombro á las generaciones presentes, futuras y áun á las pasadas. Todo está ya previsto, todo zanjado, puesto en regla. Don Blás tu ilustre padre, me quiere por yerno: y ya ves, tengo algo, valgo algo, parezco algo; y sobre todo traigo algo: trescientos mil duros; seiscientos mil escudos; trescientos millones de milésimas.

VIC. ¡Cuánto dinero! (¡Ay, Dios mio!... ¡Si yo pudiera pescarle!...)

CAR. Además, yo no puedo abstenerme de participarte.... (Levantándose.) que me gustas mucho, que por mi parte quisiera agradarte, y que unidos por la cadena del amor, pudieran envidiarnos Isabel y Marsilla, Pablo y Virginia, Atala y Chactas, Julieta y Romeo, Vénus y Apolo; y, en fin, todas las parejas más amantes y célebres de la historia. (Tratando de abrazarla.)

VIC. ¡Quieto, quieto señor mio! ¡Qué atrevido!

CAR. (Aquí hace falta un golpe melodramático!) ¡Oh, Julia encantadora!.... (Cayendo de rodillas.) Yo te amo, yo te adoro, yo peno, lloro y como por tí!... digo, tú penas, lloras y comes por.... digo no. no; nosotros lloramos....

VIC. Ja!.... ja!.... qué divertido! (¡Cielos! la señorita....)

JULIA. (En la puerta.) ¿Qué veo?

CAR. (¡Aprieta! me cogieron *infraganti*!)

ESCENA VIII

DICHOS Y JULIA.

JULIA. ¿Quién es este caballero? (A Vicenta.) Digno modo de penetrar en una casa!

VIC. Señorita, yo....

JULIA. Vete!

VIC. Al instante. (¡Buena se va armar!) (Vase.)

ESCENA IX

JULIA y CARICULIAMBRO.

CAR. Pero ¿qué sucede? Qué hay que sacar aquí en consecuencia?

JULIA. ¡Qué horrible descaro! La consecuencia de todo, caballero, es que ignoro quién es usted; que he sorprendido su comportamiento altamente ridículo, sobre todo siendo la primera vez que pisa usted esta casa.

CAR. (Qué bien habla! Esta debe ser la maestra de la niña.)

JULIA. ¿Se quedó usted mudo?

CAR. No señora; me he quedado estático, perplejo, asombrado de.... y sin embargo, señora, si usted supiera que mi nombre solo me dá hoy para con todos ustedes el derecho legítimo de un cierto *sans-fason*, una especie de libertad familiar que no debe sorprender á nadie....

JULIA. ¡Cómo! ¿Qué significa ese lenguaje?...

CAR. ¡Ah! si usted supiera, repito, que solo al pronunciar mi nombre seria lógico temblaran estas paredes, que se conmovieran los cimientos, que.... Si usted no ignorase, en fin. que yo me llamo Cariculiambro y Rosquete y Trompeta, amigo y servidor de....

JULIA. ¡Cielos! ¡Qué escucho, Dios mio! y encontrarle á usted á los piés de mi. .. ¡Esto es horrible!

CAR. ¿Y por qué no? Aunque usted, como maestra ó institutriz de esa preciosa joya, no acepte tales modos en un cualquiera, preciso es que usted reconozca los derechos que me asisten para manifestar mis sentimientos amorosos, y poner de relieve las prendas que me adornan.

JULIA. ¡Oh, calle usted, calle usted, hombre exe crable! ¿Usted sabe por ventura, quién es l mujer que he mandado salir de aquí?

CAR. Creo saber....

JULIA. Esa mujer es mi doncella!

CAR. ¡Cómo! ¿Es posible? Esa señorita, ese portent de beldad, esa sílfide, ¿no es mi bella prome tida?

JULIA. ¡Qué hombres! ¡qué hombres!

CAR. Estupendo *quid pro quo*! inesperada y fata equivocacion! Ah, señora, le pido mil perdo nes, y usted me dispensará: yo la pediré mi perdones.... un millon, si es necesario!

JULIA. No, no es preciso. Su conducta de usted, ca ballero no me extraña!... (Muy sofocada.) Com no estará usted muy hecho al trato social...

CAR. Ciertamente, y me alegro que usted así l comprenda, pues realmente no soy muy du cho en la materia. Ya vé usted, allá en e pueblo todo se reduce al cura, el alcalde, e médico y el barbero; fandango los domingo por las noches; un poco de brisca, y entre al guno y otro traguete vamos pasando y miti gando los sinsabores de que siempre se hall revestida nuestra miserable existencia. Alí están suprimidas las etiquetas enojosas d Madrid, y no nos salimos del pan pan, y e vino vino. Si nos dirigimos á alguna muje con cualquier fin que sea, lo decimos pront y claro, y con un abrazo ó un par de moque tes estamos al fin de la calle, y no hemos per dido el tiempo haciendo el monigote ó el tonto

JULIA. (¿Y este es el elegido de papá?)

CAR. Pues sí señora! eso es tambien mi sistem predilecto: y por eso mismo quisiera manifes tar á usted....

JULIA. ¿Qué? Acabe usted pronto!

CAR. Quisiera manifestar á usted que por otra par te no me causa pena el que su criada doncella haya escuchado mis protestas amo

rosas.... porque.... ¿á qué darle vueltas? me gusta esa niña de una manera exhorbitante, mientras que usted....

JULIA. (¿Qué irá á decir este cafre?)

CAR. Haciendo uso de mi natural franqueza....

JULIA. Ya, ya!....

CAR. No me satisface del todo; no me llena, en una palabra.

JULIA. Oh! qué descaro!

CAR. Sí, señora; me es preciso confesar que observo en usted muchas cosas que no se hallan armonizadas con mi carácter ni con mis ideas y costumbres.

JULIA. Basta, caballero; esto es intolerable! (Yo sudo!)

CAR. En primer lugar, noto en usted una palidez demasiado extremada, é indigna de sus veinticinco años.

JULIA. Jesús!

CAR. Una palidez vaporosa, como dice mi sobrino, que es factor del ferro-carril del Norte. Usted, señora, emplea en su cútis mucho más blanquete, cascarilla y otros mejunges que no jabon y agua fresca....

JULIA. Oh! yo no puedo sufrir tales insultos! (Paseándose y abanicándose con fúria.)

CAR. Esa enorme mata de pelo será probablemente.... postiza, y hasta esos piés que se complace usted en enseñar, serán quizá tambien....

JULIA. Qué quiere usted que sean, señor mónstruo?

CAR. Postizos.

JULIA. Pero ¿es posible que yo escuche estas cosas? que....

CAR. Se conoce además que tiene usted mal génio, que es usted orgullosita; quizá un poco ligera de cascos y semejante á uno de esos gatitos falderos que se llaman mansos, y que de un arañazo le sacan á cualquier prógimo un ojo.

JULIA. Ah! esto es demasiado! (Cayendo abrumada en un

sillon.) Yo no sé lo que me pasa! Yo me muero

CAR. No tome usted las cosas tan á pecho: la cues tion se reduce sencillamente á que su domés tica se presta mucho más á mis inclinaciones es más así.... en fin, más....

JULIA. Y hágame usted el obsequio de concluir, caba llero, (Levantándose.) ¿Concibe usted que pue da escucharle un segundo más tantas imper tinencias y groserías? (Con dignidad.)

CAR. Pues no veo ... (Llaman.)

JULIA. Ahí viene mi padre. (Me vengaré!) usted l pase bien, señor..... Trompetin. (Vase.)

CAR. Servidor..... Pues no tiene mal génio que di gamos. ¡Caracoles con mi prometida! Pero e buen lio me he metido! ¿Qué me dirá do Blas.... y yo qué le contesto? Ya viene: disimu lemos.

ESCENA X.

DON CARICULIAMBRO y DON BLAS.

BLAS. Oh, mi muy querido Rosquete!... que fortu na para nosotros (le abraza) es el tenerlo á us ted tan pronto á nuestro lado! Sorpresa má agradable....

CAR. Muchas gracias amigo don Blás, muchas gra cias. (Yo quisiera escaparme.)

BLAS. Bien; y la salud qué tal.

CAR. Tan buena, usted sabe que siempre he disfru tado de la más completa.

BLAS. Ya lo veo. ¿Y el viaje? Pero cuénteme usted cuénteme usted.... ardo ya en deseos....

CÁR. (Malo!)

BLAS. Ha visto usted ya mi niña? ¿No, eh? Voy á lla marla al momento.

CAR. No, no se moleste usted (Deteniéndole) se acab de marchar.

BLAS. Cómo! Y por qué?

CAR. Oh! por nada: absolutamente por nada· creo que ha ido á encargar ó á ver si.... No me acuerdo bien como dijo....

BLAS. Y, vamos: ¿qué tal, qué tal le ha parecido á usted?

CAR. Pché.... bien!

BLAS. ¿Cómo pché bien? (Remedándole.)

CAR. Oh! no se alarme usted, nada de eso, amigo mio; el asunto marcha y.... yo estoy muy satisfecho del tesoro que tiene usted en su casa. Ya le esplicaré á usted cómo por una combinacion inesperada, se ha desarrollado un nuevo arreglo que.... que dará lugar á que segun creo nos podamos entender perfectamente. Los obstáculos insignificantes que median desaparecerán sin duda, y espero que al fin cuando conozca usted mi pensamiento, usted que posee ese envidiable tacto del talento práctico, que le constituye en un hombre ilustre, reflexionará y nos hallaremos por último completamente de acuerdo.

BLAS. Y qué es ello, amigo mio?

CAR. Oh! usted no puede imaginarse remotamente siquiera una noticia semejante! Qué especulacion tan fabulosa!

BLAS. Estoy deseando saber....

CAR. (Ya le distraje.) Usted se acordará don Blas de aquella miseria de cuatro mil reales que le pedí para que unidos á otros tantos mios. compráramos una accion de la famosa mina de plata descubierta donde nadie lo hubiera creido posible; en los llanos de la Mancha!

BLAS. Sí, lo recuerdo muy bien; pero una cantidad tan mezquina.....

CAR. Fuimos ambos muy torpes. Ahí verá usted.... aquel pequeño valor se ha centuplicado, las acciones no se venden ya á ningun precio, los rendimientos son enormes, la sociedad apenas tiene tiempo de colocar y vender sus innumerables barras del soberbio metal. Figúrese us-

ted que.... Hágame usted el favor de admirarse hasta el último punto.

BLAS. Me admiro, me admiro, querido amigo.

CAR. Pues figúrese usted que aquellos simples ochi mil reales han arrojado ya en sólo treinta meses escasos muy cerca de doscientos mil de intereses.

BLAS. Oh! Qué asombrosas ganancias, y no habe arriesgado más dinero!

CAR. Es un dolor: mire usted, aquí tengo precisamente la lista con los primeros impuestos y los rendimientos de los socios. (Saca la lista.)

BLAS. A ver, á ver.... (Cogiéndola y leyendo.) «Don Alejandro Fernandez veinte mil reales: productos trescientos veintisiete mil. D. Zacarías Platillos, siete mil reales: ciento doce mil D. Blas Cachivache y D. Cariculiambro Rosquete, ocho mil reales, doscientos noventa mil.» Pero calle! ¿qué miro? «D. Eduardo de Alegría doscientos veinte mil reales, cuatro millones doscientos sesenta y un mil.» Nuestro estimado y querido Eduardo, ese jóven militar que tanto aprecia Julia, y á quien yo quiero como un hijo!.... Es preciso avisarle al momento, porque es un atolondrado muy capaz de no saber todavía una palabra del asuntos, pues como además ha regresado de la campaña hace pocos dias....

CAR. Hola! Se conocen ustedes, eh? Me alegro: es un jóven muy digno y estimable. Vino al pueblo cuando se trató del negocio, y me participó que estaba dispuesto á comprar acciones por valor de todo el capital que poseia y que acababa de recibir de la particion de bienes verificada entre él y sus hermanos. Yo, como era natural, traté de hacerle disistir de su empeño, pues me pareció entonces una estupenda locura; pero no hubo medio, porque decia, por cierto con honda tristeza, que dadas sus particulares aspiraciones, lo mismo le daba

poseer tan poco dinero como no poseer ninguno, que él tenia muy suficiente con su paga y su empleo y no sé cuantas tonterías más.

BLAS Bien, pues ahora no podrá repetir lo mismo. Venga usted, venga usted á mi despacho y le pondremos dos letras. Quisiera ser el primero en darle la fausta noticia.

CAR. Vamos, le sigo á usted lleno de... (Esto marcha, y malo será que no salga yo triunfante en mis proyectos amorosos.) (Vanse los dos.)

ESCENA XI

EDUARDO y VICENTA.—Salen por el foro.

VIC. Sí, la señorita me dió la carta para que se la remitiese en seguida, diciendo que era muy urgente.

ED. Es extraño ¿De qué puede provenir este nuevo capricho?

VIC. Vaya usted á saber! Pero si no me equivoco, algo pasa en ella muy extraordinario. Es la primera vez que he sorprendido á la señorita llorando, y comprenderá usted que esto me llamó la atencion muy de veras, porque como ella es así... Ya me entiende usted... y no lo digo por ofenderla, ¡Dios me libre! ¡Vaya! Yo tambien tengo mis principios... Y no porque una no sea señora, ni lleve muchos perifollos, ni tenga millones, ni cante el romanzo de la Lucía, ha de ser despreciable; y nunca falta quien aunque sea caballero y rico... Porque ya vé usted que mi cara no es ningun fenómeno..... y si hubiera usted oido lo que hace poco me dijeron en este mismo sitio, y el compromiso adquirido con el Sr. Rosquete.....

ED. ¿Qué oigo? Rosquete..... ¿En dónde he conocido yo á ese sugeto?

VIC. En casa está, y si quiere usted verle, no tiene usted mas que entrar en el despacho del amo.

Vaya, señorito, si usted no sabe la revolucion que ha estallado aquí hoy! Pero voy en un momento á contárselo á usted todo. Figúrese usted que la señorita esperaba.....

ED. No, no te molestes..... y haz el favor de anunciarme en seguida.

VIC. Bueno, señorito, ya voy. (Se dirige al gabinete de Julia) (Estos militares del dia tienen más orgullo que el Alcalde de Móstoles.) (Vase.)

ESCENA XII.

EDUARDO.

ED. Es particular! Llamarme con tal premura! Qué podrá ser? ¿Me amará Julia y me lo habrá ocultado? Por qué renace la esperanza en mi corazon? Aun recuerdo sus frias palabras: «Eduardo, ¿es usted rico ó pobre?» Oh! Imposible!... y sin embargo la adoro! Pero aquí viene. (Viéndola aparecer.) Qué palidez!

ESCENA XIII.

EDUARDO Y JULIA.

JULIA. Eduardo!... perdon!.... (Tendiéndole la mano.)

ED. Julia querida!.... Qué tiene usted? Qué significan esas palabras?

JULIA. Oh! Es muy sencillo, querido Eduardo: he aprendido en solo algunos momentos, lo que no llegué á conocer durante mi vida. Soy mujer y mis defectos son muchos. La desgracia arrebató pronto de mi lado á mi querida madre, y.... (Llora.)

ED. Julia, Julia.... ese lenguaje.... ese llanto...

JULIA. Sí, Eduardo; (Aparecen don Blas y don Cariculiambro, que se detienen á la puerta y escuchan denotando su asombro.) los consejos de papá, los de mis amigas, el ruido de la sociedad en que vivo, y

en que como usted decia muy bien, solo reina el orgullo y la mentira, no me dejaron conocer que hace mucho tiempo yo le amaba.

ED. Cuán feliz y desgraciado me siento al mismo tiempo! Al fin me amas, querida Julia!.... Olvidaste ya que soy pobre; que tu padre.....

JULIA. No, no solo no lo he olvidado, sino que así lo prefiero. ¿Para qué sirven las riquezas con que brinda el oro, cuando se poseen las del alma?

BLAS. Para mucho, hija mia; (Avanzando.) para mucho más de lo que tú te figuras.

JULIA. Papá!

CAR. Je!.... je!.... qué lance más gracioso!

ESCENA XIV

DICHOS, DON BLAS y DON CARICULIAMBRO.

JULIA. Pero.....

BLAS. Todo lo sé, Julia, y acepto la responsabilidad de tus palabras. Eres un ángel, y Dios ha querido premiarte.

ED. Pero usted don Blas, ignora....

BLAS. ¿Que yo ignoro el que... que es usted rico? Pues lo sé perfectamente.

ED. Perdone usted amigo mio, sufre usted una fatal equivocacion.

CAR. Pues yo aseguro, caballero, que nada es tan escrupulosamente cierto y verídico. Y en prueba fehaciente de nuestro aserto, aquí tiene usted la lista de..... (Sacándola.)

ED. Usted tambien! Yo me confundo.....

CAR. Vaya, vaya; déjese usted ahora, señor capitan de cumplimientos é interrupciones que nos hacen perder momentos preciosos, y hágame usted el favor de leer aquí..... (Dándole el papel.) aquí en este renglon.

JULIA. Pero.... papá.... yo no comprendo.

ED. Qué miro? Es esto cierto? Julia, soy efectivamente rico y digno ya de tu mano.

JULIA. No digas eso, yo te amaba pobre.

CAR. Mejor es que le ame usted de los dos modos.

BLAS. Justo; así, magnífico!

CAR. Soberbio!

JULIA. Ah! qué dicha, cuán feliz me siento!—Pero ¿y usted?

CAR. Yo? Hagan ustedes el obsequio de esperar un momento.

BLAS. Sí, ya vereis.....

CAR. Vicenta! Vicenta! (Yendo al fondo y llamando.)

JULIA. Qué querrá hacer?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y VICENTA.

VIC. Señorito? (apareciendo)

CAR. Ven ven acá muchacha y (conduciéndola hasta el proscenio) confiesa pronto ante este respetable auditorio, si yo soy ó no soy capaz de hacerte la hija de Eya más feliz del mundo conocido. Dí en una palabra, si quieres ó no conceder esta manita tan suave como un guante á este Cupido metalizado.

VIC. Ay! ya lo creo! Jesús que noticia tan buena y tan de repente!

CAR. Ya lo oyen ustedes: esta niña ha dado en la manía de casarse con algunos milloncejos. Yo debo ser muy reguapo!

VIC. Mucho que sí! (siguen hablando y Vicenta mostrando su alegría)

ED. Julia!

BLAS. Hijos mios! Todos hemos hallado una mina! (Cogiendo á Eduardo y Julia.)

JULIA. Sí, papá; pero la que yo he encontrado en el fondo de mi corazon, me brinda con un tesoro que bendigo y que antes desconocia. (Al público) ¿No es verdad?

FIN DEL JUGUETE.